

reseña de libros

Treinta y Tres
en su tinta

Consta en este libro (*) cuándo y de qué manera se fue haciendo un pedazo del Uruguay, entre qué dificultades y carencias, siendo más bien por lo que no era, y sin siquiera sospechar lo que podría llegar a ser. Allí, en las costas del Olimar, Melo quedaba lejos, a más de veinte leguas hacia el norte, y por el sur Minas también quedaba lejos, a cuarenta o más leguas. Esas dos lejanías obligaron a improvisar una cercanía compartida, cada cual al alcance de los otros. Así es que a raíz de esas necesidades perentorias, fue naciendo Treinta y Tres, fundada en 1853, y después el departamento, desglosado en 1854 de Cerro Largo, tal como fuera estudiado anteriormente por Arbello Ramírez y Carlos Rincón, ganadores de un concurso de monografía histórica sobre dichos eventos. Homero Macedo, ex-director del Liceo Departamental, atina a mostrar, con prolijidad y reiterado acierto, lo no tan poco que entonces ocurriera. No es sin embargo su propósito exaltar comienzos que por fuerza tenían que ser escasamente memorables. Y no adopta así el tono de un historiador de alto vuelo, sino tan sólo el de un aplicado recopilador de datos. Enumera y califica de ese modo muchos personajes y circunstancias. Y si bien se le podría reprochar que no abonde hacia situaciones más generales, atribúyase a que lo entonces perceptible no era tanto un ser como un estar, más propio para señalar sencillamente con el dedo.

Todo fue surgiendo en efecto como de la nada. Y faltaba de todo, salvo las ganas de tenerlo. No había agua potable, ni médico, ni farmacéutico, ni quienes de tales hicieran, ni alcanzaban tampoco las vacunas contra la viruela. Pero no podía faltar un cementerio, tan recostado al Olimar, que padecía frecuentes inundaciones a costa de los muertos. Pudo al fin formarse una escuela; pero en un principio no tenía ni un lápiz, ni plumas, ni tinta en qué mojarlas, ni mesas para los alumnos y el maestro; solamente un pizarrón y, dividiendo el salón, una cortina para separar los niños de un lado y las niñas del otro, no fuera a ocurrir que llegaran a verse entre ellos.

Después de la desquiciadora Guerra Grande subsistían los blancos y los colorados, ~~separados~~ por una naciente corriente de orientalidad; pero la oposición más vigente, fuente de inagotables rencillas y enconos, era la que separaba a los "urrutistas" de los "antiurrutistas"; y es que el tal Urrutia estaba allí nomás, y era referencia más accesible y manejable.

El autor no incurre por cierto en magnificación alguna. No perora; simplemente dice. Su estilo —si es que puede serlo el no intentarlo— es de una simplicidad al tono, con alusiones directas y precisas. La antiepopéya que aborda no lo obliga en verdad a nada más. No intenta así planteos generales, en el caso impertinentes, que pudieran ubicar la realidad local dentro de la situación del país en general. Así es que pasa sucintamente revista a los primeros pobladores, qué eran y de donde venían, en una descripción sumaria como naturalmente corresponde. Alrededor se despliega a grandes rasgos el mundo tal cual era, con declinantes rebaños de vacunos pura asta y poca carne, ovejas "lana de perro" y trece mil perros cimarrones haciendo de las suyas. Por lo demás, todo tarda en llegar: el "tren", la luz a queroseno y recién en 1922 la luz eléctrica. La carreta imponía su ritmo, y como una excepción, la voluntariosa diligencia.

El autor se limita a recorrer poco más de la segunda mitad del siglo XIX. Al paso que va, le resulta más que suficiente, y de ese modo los capítulos se suceden como sin querer. Se adelantan así de pronto a un primer plano tres o cuatro personajes más o menos de pro. E irrumpe sin previo aviso el malevaje en más detenida descripción, matreros, gavilleros y contrabandistas. Y podemos ver también cómo a Javier de Viana le enchastran la cara con excrementos mezclados con un artículo periodístico suyo picado en pedacitos, y cómo se lo quieren hacer comer, aunque Viana logró no abrir la boca. Y aparece también el renombrado Clinudo, audaz matrero si los hay, quien se cansara de matar, hasta que no tuvo más remedio que matarse él mismo.

Nos lo cuenta el autor como lo hace con todo, sin alzar la voz, como para una posteridad presuntamente impávida. Ante tanta virtual insignificancia, ofrece sin embargo, pese a todo, un panorama sugestivo de la manera con que en muchas de sus regiones se fue formando el Uruguay. No sorprende entonces que describa, como coronándolo todo, la erección de un adefesio de cemento portland representando a un Lavalaja de 2,35 metros, desplazado un día, para quedar encerrado después en un museo que amparó finalmente su infortunio.

Qué lejos de todo, terminemos por reconocer, parecen transcurrir las cosas. Y qué cerca, sin embargo. ¿No nos procurarán, después de todo, éstas en cierto modo microhistorias, transmitidas con tanta y tan formal fidelidad, revelaciones subterráneas de lo actual? ¿No es acaso desde los orígenes que debemos empezar por deslindar todo cuanto nos rodea?

Washington Lockhart

(*) Homero Macedo, Treinta y Tres en su historia, Ed. Banda Oriental, Montevideo, 1985.